

la *novela primera*, y celebrando su mérito aun despues de muerto en el *Laurel de Apolo*, pareciendo mas bien que ambos conspiraban de acuerdo al cultivo y acrecentamiento de la literatura y correccion de las costumbres con aquella noble y cándida emulacion que fue la divisa de la edad latina de oro, ya animándose recíprocamente con sus elogios, ya acudiéndose con aquellos avisos y familiares amonestaciones que eran necesarias para el aumento de las mismas artes. Estos hechos nos declaran todavía cuan remoto y ageno estaba el ánimo de Cervantes de aquellas miserables pasiones y resentimientos que temerariamente han pretendido achacarle algunos hombres orgullosos, que quieren medir la elevacion, la nobleza y dignidad de las almas grandes por la ruindad y pequeñez de su corazon.

147. De esta clase fue entonces cierto compositor de comedias, que picado y quejoso de haberse visto comprendido en la censura general que hizo Cervantes del teatro, lleno de pesar y enojo por el buen nombre y crédito que á este le habian granjeado sus obras, y usando del ardid de mancomunar su causa con la de Lope, se presentó en la palestra, aunque ocultando su verdadero nombre, patria y condicion, y se atrevió á continuar el *QUIJOTE*, cuando no solo vivia su primero y legítimo autor, que habia ofrecido la segunda parte, sino que acababa de repetir el anuncio de su próxima publicacion en el prólogo de las novelas. Tal fue la audacia de aquel escritor, que bajo el nombre del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, suponiéndose natural de Tordesillas, imprimió en Tarragona á mediados de 1614 una continuacion ó segunda parte del *QUIJOTE*, en cuyo prólogo empieza á proparar los límites de la prudencia y de la urbanidad, derramando la

ponzoña que abrigaba su corazon, injuriando las venerables canas y celebrado mérito de Cervantes, á quien apellida manco, viejo, envidioso, mal contentadizo, murmurador, y delincuente ó encarcelado, y procurando tambien desacreditar su ingenio, ya introduciendo su hoz en mies agena, ya amenazándole con privarle de la ganancia que esperaba de la segunda parte, que sabia iba á publicar inmediatamente; sin hacerse cargo este maligno continuador que, segun decia atinadamente Cervantes, *para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento; y que decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios*. De modo que por cualquiera parte que se mire, no puede dejar de calificarse el prólogo de Avellaneda como un libelo infamatorio, digno de toda la severidad de las leyes.

148. Cuando llegó á manos de Cervantes tal conjunto de improprios al frente de una obra insípida, vulgar y obscena, tenia muy adelantada la segunda parte de su *QUIJOTE*; y asi es que comenzó á hablar de ella desde el capítulo *LIX*; pero con admirable delicadeza en lo relativo á sus injurias personales, y con suma gracia y donaire en lo tocante á los defectos literarios de su rival; despreciando con generosidad las inicuas imputaciones que le hacia, ó demostrando su perversidad, ó ridiculizando su ignorancia é ineptitud. Pudo Cervantes arrancarle la máscara, y sacarlo á la vergüenza con su cara descubierta; pero su moderacion ú otras consideraciones no se lo permitieron, al mismo tiempo que le daba el ejemplo de presentarse en la lid sin embozo ni arterias, con franqueza y generosidad. El paralelo de semejantes procedimientos entre Cervantes y Avellaneda descubre palpablemente la nobleza y deco-

ro del uno, y la mezquindad y grosería del otro, así como la comparacion de ambas obras manifiesta el ingenio, la erudicion y gracia del primero, en contraste con la pedantería, insipidez y torpeza del segundo.

149. Solo la universal celebridad y el sublime mérito de Cervantes han podido excitar algun interés para averiguar el verdadero autor que se ocultó bajo el nombre de Avellaneda; quien, juntamente con su obra, hubiera desaparecido para siempre, si desentendiéndose Cervantes de sus injurias, y no haciendo mencion de tan ruin adversario, omitiera el contestarle; pero el deseo de vindicarse y de burlar á su enemigo, fue causa de perpetuar la memoria de este en la misma obra que habia de conservar su mas sólida reputacion en las venideras generaciones; y de que á proporcion que se difundiese y propagase el aprecio de sus obras, creciese tambien la curiosidad de saber quién fue el pigmeo que osó medirse con el atlante de nuestra gloria literaria.

150. No fue otra la razon, si bien se examina, que este amor á la novedad la que movió á Mr. Le Sage á publicar en Paris en 1704 el *Quijote* de Avellaneda, traducido al frances con apacible y elegante estilo; y para quitar las náuseas que habia de causar su insípida y desagradable lectura, se tomó la libertad de alterar el original, purificándole de muchos pasages torpes é indecentes, y añadiendo de suyo varios cuentos y episodios mas estimables; pues segun los escritores franceses, aunque tenia poca invencion, estaba dotado de singular talento para embellecer y mejorar las ideas de otros, haciéndolas propias por este medio, como lo ejecutó tambien con el *Diablo cojuelo* de Luis Velez de Guevara, y con otras obras españolas, eludiendo así la dificultad que hallaba

en ajustarse al original, ya por el estilo entremesado y burlesco, ya por la penuria de diminutivos que padece la lengua francesa. Estas voluntarias alteraciones y reformas califican cuanto las necesitaba la obra de Avellaneda para granjearse alguna estimacion del público; pero los que ignorando esta licencia que se tomó el traductor, creyeron fiel y ajustada la version, alabaron á Avellaneda ciega y ligeramente, hasta suponerle exento de los defectos en que incurrió Cervantes, y asegurando que este habia imitado y casi copiado la segunda parte de aquel, acriminándole al mismo tiempo la injusticia con que impelido de su enojo y resentimiento suponian haber tratado á su competidor. Así juzgaron entre otros los autores del *Diario de los sabios*, y así tambien el Dr. D. Diego de Torres, hablando todos de Avellaneda sin haber visto sino su traduccion, censurando el último la incuria de los españoles, que habian dejado perder la mayor parte de los ejemplares de aquella novela, como si el estar menos castigado su estilo pudiera quitarle las bellezas de la invencion que en ella suponía, y la correspondencia entre los miembros de su historia.

151. El dictamen de personas tan bien reputadas atrajo sin embargo á su partido el de otras no menos distinguidas en la república literaria, y señaladamente á D. Blas de Nasarre, que ocultándose con el nombre de D. Isidro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo, reimprimió en Madrid en 1732 el *Quijote* de Avellaneda, con una aprobacion que tambien escribió, prohibiéndola á un amigo suyo, beneficiado de la iglesia parroquial de Aliaga, y exigiendo de la amistad de D. Agustin de Montiano iguales sufragios á favor de aquel escritor. Con tal aparato de encomios y panegíricos se presentó Avellaneda en el

siglo XVIII, como para vindicarse del menosprecio con que fue tratado en el anterior, en que habia existido; pero con todo no logró alucinar á las gentes juiciosas y perspicaces, y solo consiguió una celebridad superficial y pasajera; porque su libro, que era apetecido por raro, perdió este título estéril luego que se hizo comun, y la crítica y el buen gusto lograron sepultarlo en la oscuridad en que yacia, inutilizando los ejemplares de esta edicion en los almacenes de los libreros y comerciantes. Todavía ha podido el crédito y el buen nombre de Cervantes dar lugar á nuevas especulaciones de interes en nuestros dias para repetir la edicion de Avellaneda, aunque omitiendo por orden superior los cuentos ó novelas indecentes que contiene, sin conseguir por esto acrecentar su estimacion, ni disminuir la que con tanta gloria se ha difundido por todo el orbe á favor del discreto QUIJOTE de su noble competidor.

152. El silencio de los escritores contemporáneos, ó la circunspeccion con que hablaron de Avellaneda los pocos que le mencionaron en su siglo, es en realidad una acriminacion y cargo muy severo contra la presuncion y liviandad de los que cien años despues comenzaron á prodigarle los elogios que no merecia. La distancia de los tiempos, y la dificultad que trae consigo para investigar la verdad, han estimulado la curiosidad y la diligencia de algunos literatos para saber quién fue el disfrazado Avellaneda; y aunque estamos muy lejos de dar importancia á esta cuestion, crémos preciso sin embargo exponer lo que otros han llegado á inquirir ó conjeturar con algun fundamento. Cuando D. Nicolas Antonio hizo mencion de aquel torpe novelista en su *Biblioteca* manifestó bien á las claras el poco aprecio que le merecia, y la disparidad de su ingenio con el de Cervantes.

El Sr. Mayans esforzó mas esta censura; pero inclinado á hallar misterios en las expresiones de este escritor, juzgó por algunas del prólogo de la segunda parte del QUIJOTE, que su enemigo era hombre poderoso y calificado, y que por esto no se atrevió á nombrarle; bien que vacilante en su concepto hallaba tambien que pudo ocultar cuidadosamente su nombre para no dilatar su fama por ser persona baja y despreciable. Con mayor firmeza y verosimilitud opinó el P. Murillo en su *Geografia histórica* que era eclesiástico; y D. Juan Antonio Pellicer, que trabajó con mas empeño en adelantar esta investigacion, no solo apoya este juicio, sino que añade era religioso de la orden de predicadores. Indicanlo en efecto con mucha probabilidad varios sucesos ó accidentes de la fabula de su *Quijote*, la aficion que se advierte á las cosas peculiares de aquella orden, el zelo de promover sus devociones, la noticia exacta que da de las ceremonias y prácticas religiosas, y la clase de erudicion escolástica y teológica, que á veces rebosa con textos y autoridades de los santos padres. Vislúmbrase igualmente que aquel enmascarado Zoilo era compositor de comedias, y comprendido en la censura general que de ellas hizo Cervantes en el QUIJOTE y en el *Viage al Parnaso*, cuando buscaba el arrimo de Lope de Vega para sostener su mala causa; y consta por otra parte, que concurrió á dos certámenes que se publicaron en Zaragoza hácia el año de 1614 sobre la interpretacion de dos enigmas que se esparcieron en aquella ciudad; y aunque por las alusiones que hacen los jueces en las sentencias á varios pasages de su *Quijote* se viene en conocimiento de ello, todavía no dan suficiente luz para discernir cuál de los muchos poetas que allí se nombran fuese determinadamente el fingido Avellaneda.

153. Con estos antecedentes, y el más seguro que tenemos de su verdadera patria, pudiéramos presumir que la circunspeccion y templanza de Cervantes hácia su rival procedió del apoyo y proteccion que este, como dominico y aragones, hallaria en el valimiento y autoridad del confesor del Rey Fr. Luis de Aliaga, religioso de la misma orden, y natural de Zaragoza, que gozaba de gran privanza é influjo en la corte y en los negocios públicos; pero con tan señalada ingratitud hasta con su bienhechor el duque de Lerma, y con modales tan groseros y desabridos, que excitó las quejas de muchas gentes, la censura de algunos escritores coetáneos, y el destierro y privacion de sus dignidades cuando entró á reinar Felipe iv. No era extraño pues que Cervantes en aquellas circunstancias, hallándose ausente de su favorecedor el conde de Lemos, y este rodeado de los Argensolas, que tambien eran aragoneses y podian influir mucho en mejorar su situacion, prefiriese reservar el nombre y calidad de su adversario, por el decoro que merecian su estado, profesion y conexiones, á descubrirle y correrle en público, conforme á los impulsos de su enojo y propia satisfaccion: conociendo, como lo dijo en sus novelas, que *hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen mas que ellos*. Mas segura es la noticia que tenemos de que era aragones, y no de Tordesillas, como quiso suponerlo, no solo porque lo declara así Cervantes repetidas veces, sino porque lo acredita y hace manifiesto de un modo indudable su lenguaje y estilo, y el uso de ciertas voces y modismos propios de aquel reino, y que no pudo ó no supo evitar, como los evitaron otros buenos y cultos escritores aragoneses de aquella edad, especial-

mente los dos hermanos Argensolas, de quienes decia Lope de Vega que *parece vinieron de Aragon á reformar en nuestros poetas la lengua castellana*.

154. La cual efectivamente comenzaba por este tiempo á decaer de aquella dignidad y elegancia que habia adquirido y conservado en el siglo anterior; y eran mucha parte para esta decadencia y corrupcion la infinita casta de poetas, que sin otro númen que su capricho, ni otro estudio que su destemplada imaginacion, profanaban el templo de las musas, anteponiendo las vanas sutilezas del ingenio á la nobleza y dignidad de las grandes pasiones, y el boato de unas metáforas extravagantes y de unas voces latinizadas y oscuras á la elegancia y perspicuidad de nuestro bello idioma: contagio que cundió rápidamente aun entre los ingenios mas sublimes de aquella época, y halló en el vulgo un abrigo y aplauso tan general como extraordinario. Para oponer algun dique al torrente de tanto mal escribió Cervantes su *Viage al Parnaso*, imitando al que habia publicado en Italia César Caporali, natural de Perusa, poeta parecido á él, no menos en su agudo y festivo ingenio, que en su triste y desdichada suerte. Alabó en esta obra á los poetas dignos de este nombre, dándoles el lugar eminente que merecian en nuestro Parnaso, y desterró de él á la muchedumbre de copleros corruptores de la noble poesía y del idioma castellano, de aquellos que hablaban unos latin y otros algarabía, y eran *la idiotez y la arrogancia del mundo*, segun sus propias expresiones. Pero como Cervantes, aficionado á estos estudios desde su infancia, se contemplaba digno por su inventiva de ocupar un lugar distinguido entre los mas clásicos poetas, y se veia por otra parte pobre y necesitado

en el último tercio de su vida, aprovechó esta ocasión para informar á Mercurio y representar á Apolo sus servicios militares y literarios, y cuán mal atendidos habian sido de los hombres que podian remunerarlos, valiéndose como poeta, según observó oportunamente Rios, del ministerio de los dioses, para que el sufragio de los unos confundiese la injusticia é insensibilidad de los otros.

155. Cervantes se preció mucho de la invención de este poema, que sin duda es mas ingeniosa y discreta que amena y agradable; pero el desahogo que dió á su corazón manifestando descubiertamente su extremada pobreza y necesidad, la calidad de sus méritos como soldado y como escritor, el abandono y olvido de sus antiguos amigos, la indiferencia y desatención de los próceres sus Mecenas, y la pertinaz injusticia de su mala estrella, le proporcionaron un desquite público é ingenuo, en que lució no menos la severidad y rectitud de su juicio, que la templanza y moderación de su carácter. Acaso por estas razones ó por el rezelo que tenia de que no fuese bien acogido del conde de Lemos este nuevo trabajo, resolvió dedicarle á D. Rodrigo de Tapia, caballero de la orden de Santiago, que en su edad juvenil cultivaba con afición y adelantamiento las letras humanas.

156. A continuación de esta obra, que salió á luz en fines de 1614, publicó la *Adjunta al Parnaso*, diálogo en prosa, en que pintó con sumo donaire y desenfado el encuentro y conversacion que tuvo con un poeta novel que le traía una carta del dios Apolo, incluyéndole las ordenanzas y privilegios para los poetas españoles. El objeto de estos opúsculos parece el mismo que el del *Viaje al Parnaso*; pero se descubre mas determinadamente el de dar á conocer sus comedias, y publi-

car sus quejas con los comediantes, porque teniendo sus poetas paniaguados, no se las pedian ni compraban, sabiendo que algunas habian sido representadas anteriormente con general aplauso, y que otras podrian obtenerlo por su novedad, cuando no por su mérito, respecto á no ser aun conocidas del público. Este desden de los farsantes, y su interesada parcialidad, hirió tan vivamente el amor propio de Cervantes, que ya en este diálogo manifestó su intención de dar á la estampa aquellas comedias para que el público juzgase desapasionadamente de su mérito, y de la preocupacion é injusticia de los que se las desacreditaban.

157. Para cumplir su promesa hubo de exponerse á nuevos desaires y desengaños; porque habiendo compuesto por entonces, pensando que aun duraban los tiempos de sus aplausos y alabanzas, algunas comedias sin poder conseguir se representasen en el teatro, las arrinconó en un cofre, condenándolas á perpetuo silencio. Instigado de su pobreza, y ansioso de aprovechar este trabajo para socorrerse, trató poco despues de venderlas al librero Juan de Villaroel; pero este le manifestó con ingenuidad que se las compraria desde luego á no haberle dicho un autor de título que *de su prosa se podia esperar mucho, pero que de su verso nada*. Mortificóle en extremo la respuesta, por el afán que siempre tuvo de parecer poeta, y en medio de tal pesadumbre y desabrimiento, volvió á repasar sus comedias y entremeses, que no le parecieron tan malos que no mereciesen salir á la luz y censura pública. Con este objeto trató de nuevo con el librero Villaroel, con quien se concertó al fin, vendiéndole el privilegio, que pagó razonablemente, evitándole la molestia de tener cuenta con dimes y directes de recitantes. De resultas de este convenio se publicaron en Setiem-

bre de 1615 ocho comedias y otros tantos entremeses, con una bella dedicatoria al conde de Lemos, y un prólogo tan discreto como erudito é importante para la historia del teatro y de la comedia española.

158. El público miró con indiferencia estas obras, y los farsantes no las adoptaron para sus representaciones, sin embargo de verlas publicadas. No era extraño que así sucediese, cuando ya Lope de Vega había inundado el teatro con maravillosas composiciones, y otros muchos escritores muy apreciables é ingeniosos le ayudaban á sostener esta gran máquina con suma aceptación y aplauso de las gentes. Bien lo conocía Cervantes, y por lo mismo lo expuso con franqueza y sinceridad en su prólogo; y ya fuese que el dictamen de sus amigos, ó sus propios desengaños, le hicieron mirar á mejor luz sus composiciones, no se atrevió á encarecerlas, contentándose con decir que ni eran desabridas ni descubiertamente necias, que el verso era el mismo que pide esta clase de obras, y el lenguaje el propio y característico de los personajes que en ellas se introducen; y en fin, como para satisfacer á los lectores descontentadizos, y acreditar sus conocimientos en las leyes de la poesía dramática, ofreció al público corregir todas aquellas faltas que se le habían notado en otra comedia que á la sazón componía, intitulada *el Engaño á los ojos*, la cual ni salió á luz, ni se ha conservado, como sería de desear para juzgar del acierto de aquel escritor, y convencerse de si ya que logró conocer sus defectos, tuvo el juicio y discernimiento necesarios para evitarlos y corregirlos.

159. Tal vez se hubiera entonces comprobado aquella verdad bien conocida de que hay muchos hombres de gran penetracion para los estudios

teóricos y especulativos, que carecen absolutamente de la disposición y aptitud necesarias para la aplicación de sus doctrinas á la práctica y ejercicio de las artes ó facultades mecánicas; y por no parar en esto la consideracion se han empeñado algunos en defender ó disculpar á Cervantes de los errores y absurdos de sus comedias con sutilezas y evasiones tan singulares como desatinadas. Hizolo así D. Blas Nasarre, quien despues de haber reimpresso con no merecidos elogios el *Quijote* de Avellaneda, reimprimió tambien en 1749 las comedias y entremeses de Cervantes, para sacarlas, segun dice, del olvido en que yacian, mientras que las demas obras de este autor ocupaban la atencion de todas las naciones cultas, y de las personas de buen gusto. En su concepto compuso Cervantes estas comedias con el fin de ridiculizar las de su tiempo, haciéndolas *artificialmente malas* para motejar y castigar las comedias defectuosas y disparatadas que se introducian como buenas; purgando por este medio el depravado gusto y viciada moral del teatro; así como escribió el *QUIJOTE* para burlarse de los libros de caballería. El señor abate Lampillas supone tambien en abono de Cervantes, *que la malicia de los impresores publicó con su nombre y prólogo aquellas extravagantes comedias, correspondientes al depravado gusto del vulgo, suprimiendo las que verdaderamente eran de él, ó transformándolas en un todo.*

160. No pueden darse mayores pruebas de la irregularidad de tales dramas, que la extravagancia é impertinencia de los fugios é invenciones con que pretenden defenderlos ó disculparlos ambos apologistas. Basta conocer el teatro de aquel tiempo, para ver que los defectos de las comedias de Cervantes eran comunes á todas ó á la mayor parte

de las que entonces se escribían y representaban: que las mismas que Cervantes celebró como excelentes y arregladas á los preceptos del arte, y que se recitaron con tan singular aplauso y concurrencia pocos años antes; *la Isabela*, *la Filis* y *la Alejandra* de Argeñola; *la Ingratitud vengada* de Lope de Vega; *el Mercader amante* de Gaspar de Avila, y *la Enemiga favorable* del canónigo Francisco Tárrega; abundan de impropiedades y faltas que las harían intolerables en el dia; y que *el Trato de Argel* y *la Numancia*, que hemos visto impresas recientemente, y que Cervantes reconoce por suyas, asegurando la aceptación que merecieron en la escena, sin embargo de los absurdos que ahora se les notan, nos confirman en que son igualmente suyas las publicadas en 1615, como lo confiesa en su dedicatoria y prólogo; y que solo la vicisitud de las costumbres, y la delicadeza y mejora del gusto público, pudieron reprobear ó desdeñar en las tablas las mismas comedias que veinte ó treinta años antes se habían aplaudido con tanto empeño é interés, y alabado con tanto hipérbole y encarecimiento, citando á su autor entre los hombres célebres que ilustraron la dramática española, como lo hicieron Agustín de Rojas en su *Viage entretenido*, y el Dr. Suarez de Figueroa en su *Plaza universal*.

161. Mayor aprecio han merecido respectivamente los entremeses: dramas ó diálogos breves, jocosos y burlescos, que para dilatar y hacer mas varias y agradables las representaciones teatrales, intercalaban entre los actos ó jornadas de las comedias, cuando eran todavía unos coloquios á modo de églogas, segun dice Cervantes; pero luego que á estas se las dió mayor extensión, dignidad y ornato, introduciendo en su accion reyes, reinas y otras personas graves, como empezó á prac-

ticarlo Juan de la Cueva, seguidó por Cervantes y otros, entonces quedó *la costumbre de llamar entremeses á las comedias antiguas*, donde estaba en su fuerza el arte, siendo una accion y entre gente plebeya, conforme asegura Lope de Vega; y tales han sido los entremeses comunes ya á principios del siglo xvii, y aun muchos años despues, hasta que los sainetes modernos, con mas extensión y complicada trama, han adulterado la sencillez primitiva de su composicion; y aunque estos no carecen de mérito, especialmente los de D. Ramon de la Cruz, hay sin embargo en los antiguos entremeses tan sazonados chistes, tanta gracia y propiedad en los caracteres ridiculos y populares, tan oportunos modismos y pureza de language, que han merecido siempre la estimacion del público ilustrado, como lo manifiestan las collecciones que de ellos se han hecho en diferentes tiempos. Cervantes compuso algunos; pero solo publicó ocho entre sus comedias, como muestra de su singular ingenio para pintar toda clase de caracteres y costumbres, y como testimonio de su maestría y naturalidad para el diálogo, de su tacto fino y delicado para hallar y presentar lo ridiculo y extravagante, y manejarlo con agudeza, amenidad é inimitable gracejo. Lastímase con razon un escritor moderno de que con tan buenas disposiciones no se hubiese dedicado de intento á pintar y ridiculizar en el teatro los vicios sociales de su nacion y de su siglo, en cuyo difícil género hubiera sin duda sido tan eminente como Moliere. Buena prueba de esta verdad es el juicio que Mr. Florian, tan justo apreciador de nuestra literatura, hace de los entremeses de Cervantes, diciendo que valen mas que sus comedias, y que todos tienen naturalidad y gusto cómico, aunque algunos son demasiado libres; pero que son

admirables, sobre todos el titulado *la Cueva de Salamanca*, á cuya imitacion se escribió la ópera cómica francesa *el Soldado mágico*, y *el Retablo de las maravillas*, que dió materia al célebre Pirón para una ópera en coplas llamada *el Falso prodigio*, aunque muy inferior á su original. Asi Lope de Vega compuso por los años de 1598 su comedia *los Cautivos de Argel*, tomando su argumento, casos, escenas y aun expresiones del *Trato de Argel*, que mucho antes habia escrito Cervantes. Repitió este en sus entremeses algunos asuntos ya tocados en sus novelas, como los ocurridos en casa de Monipodio, los lances del zeloso Cañizares, la conducta de Roque Guinart, y dejó de publicar otros no menos graciosos y discretos, como el de *los Habladores*, que se imprimió y publicó en Sevilla el año de 1624. Algunos han creído que escribió tambien *autos sacramentales*, y aun le atribuyen el titulado *las Cortes de la muerte*, de que habla en el capítulo XI de la parte II del QUIJOTE; pero hasta ahora no hemos hallado fundamento para apoyar estas presunciones.

162. Entre las costumbres mas loables que entonces se conservaban para estimular los talentos en todas las ocasiones de celebridad pública, deben contarse aquellas concurrencias llamadas *Justas poéticas*, muy antiguas entre nosotros, y establecidas, segun parece, á imitacion de las justas ó torneos, donde la noble juventud castellana, haciendo gala y ostentacion de su brio y gentileza, se adiestraba en el manejo de las armas y en los ejercicios propios de la caballería. Los ingenios hallaban en aquellos certámenes un medio de darse á conocer con honrosa emulacion, haciendo con sus producciones literarias mas noble y sublime el objeto y la solemnidad de semejantes funciones.

Asi sucedió en las que se celebraron en Madrid el año anterior de 1614, con motivo de haber beatificado el Papa Paulo v á Santa Teresa de Jesus; pues entre otras cosas se propuso un certamen poético, cuyas composiciones latinas y castellanas se habian de entregar para el 25 de Setiembre al procurador general de los carmelitas descalzos. Cumplido el plazo señalado, se formó el tribunal que debia juzgarlas en la capilla mayor, ante un concurso y auditorio tan numeroso como distinguido. Uno de los jueces era Lope de Vega, que abrió la sesion recitando una oracion y un discurso en alabanza de Santa Teresa, con tal gravedad y gracia en el decir, con tanta propiedad y espíritu en sus acciones, con tal dulzura y eficacia en el razonamiento, con tanta afluencia y ternura en sus afectos, que causó sumo placer y mocion en el ánimo de los circunstantes; y en seguida, alternando con excelentes coros de música, leyó en alta voz las poesías que se habian presentado. Ocho eran los certámenes que se anunciaron al público, y en el tercero se proponian tres premios á los que con mas gracia, erudicion y elegante estilo, guardando el rigor lírico, compusiesen una cancion castellana á los divinos éxtasis de la Santa, en la medida de aquella de Garcilaso, *el dulce lamentar de dos pastores*, con tal que no excediese de siete estancias. Concurrieron á competencia los mas floridos ingenios de España, y entre ellos Miguel de Cervantes con una cancion tan tierna y elegante, y tan arreglada á las leyes prescritas para aquel certamen, que mereció se publicase entre las mas selectas en la relacion que de las fiestas hechas en toda España con este motivo publicó Fr. Diego de S. Josef, y se imprimió en Madrid en el año de 1615.

163. Ya habia entonces concluido Juan Ya-

güe de Salas su poema ó *epopeya trágica* (como él la llama) de los célebres y desgraciados amores de Diego Juan Martínez de Marcilla é Isabel de Segura, llamados comunmente los *Amantes de Teruel*; y deseoso de la perfeccion de su obra, procuró con loable moderacion é ingenuidad que la viesén y corrigiesen una y muchas veces no solo los que en la poesía española tenían esclarecido renombre, sino todos aquellos que conoció poseían con especialidad alguna de las artes, facultades ó ministerios de que trataba por incidencia. Del número de estos censores fueron Lope de Vega, Gerónimo de Salas Barbadillo, Miguel de Cervantes y otros, cuyos nombres se conservan al frente de los sonetos con que alabaron este libro, como para prevenir con su autoridad la benevolencia y el aplauso del público. Es constante que muy á principios de 1615 obtuvo Yagüe de Salas el privilegio Real para imprimirle y publicarle despues de las censuras y aprobaciones de estilo; y con todo no se verificó la impresion hasta despues de mediado el año siguiente de 1616, cuando ya habia fallecido Cervantes.

164. Estos ligeros desahogos de su aficion á la poesía, ó de las consideraciones debidas á los literatos y personas de mérito, no le impedian atender á la composicion de otras obras mas vastas, instructivas y deleitables. La principal, y que tenia comprometida en gran manera su reputacion, era la segunda parte del *QUIJOTE*; ofrecida desde 1604, anunciada como próxima á publicarse en 1613, y precedida sin embargo por otra segunda parte de un autor desconocido é inepto, que intentó desacreditar de un golpe el ingenio y las costumbres de Cervantes. Estaba este finalizando su obra cuando Avellaneda publicó la suya; pero este incidente, que le sorprendió é incomodó con

extremo, fue un poderoso estímulo para que la concluyese con tal celeridad, que á principios de 1615 la presentó, solicitando el permiso para su impresion; aunque esta se dilató, á pesar de su diligencia y conato, hasta fines de Octubre. Al dirigir las comedias al conde de Lemos en el mes anterior le dijo: *D. QUIJOTE queda calzadas las espuelas en su segunda parte para ir á besar los pies á V. E. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque por sí ó por no lleva informacion hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él; y no acertó á serlo.* Palabras que denotan no solo el justo resentimiento de Cervantes, sino el bajo concepto que desde luego formó de la obra de su impertinente continuador.

165. Es preciso confesar que tenia mucha razon y justicia para lo uno y para lo otro; pero por lo mismo es mas digna de alabarse la generosidad y circunspeccion con que procedió entonces. A los necios ultrajes é insolentes calumnias de su rival opuso la templanza y urbanidad de su prólogo, que puede ser modelo de contestaciones literarias, y las ingeniosas y festivas invectivas que entretrejió con las aventuras de su héroe, alusivas á la flamante historia del disfrazado aragones. Pero ninguna mas oportuna y discreta que la apología que hizo de sí y de su *QUIJOTE* en la dedicatoria al mismo conde de Lemos, donde, tratando de cuan deseado era su libro, se explica en estos términos: „ Es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe para quitar el ámagó „ y la náusea que ha causado otro *D. QUIJOTE*, „ que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la